

Una estatua

(viene de la pag. 1ª)

—No te pongas serio —le dice—; están alegres. Hoy te toca aguantar sus bromas, pero no lo hacen con mala intención.

—Si tienen razón, mi cabo —responde el vaquero— Si soy un bruto; a nadie más que a mí se le ocurre lo de la estatuíta. Lo dije sin darme cuenta de que yo no soy nadie.

—Ahora es cuando dices tonterías. Eres todo un soldado español... Mañana al toque de marcha búscame, que te voy a enseñar algo que te convencerá de que no dijiste ninguna barbaridad esta tarde.

Y al día siguiente, los dos han dirigido sus pasos hacia la Plaza de Oriente.

—¿Sabes qué es esto?— ha preguntado el cabo intelectual.

—Pues no lo he de saber. El Palacio Real. Aquí vivían los Reyes. Yo la llamo la casa más importante de España.

—Pues fíjate: enfrente de la casa más importante de España colocaron esta estatua. Representa a un muchacho sencillo como tú, un hombre que salió del campo que le daba el pan, para entrar en el ejército: El Cabo Noval. Fué uno de los muchos héroes de la guerra de Africa. España luchaba difícilmente con un enemigo como el moro, que sabe combatir astutamente mediante golpes inesperados y audaces en los que la sorpresa es su mejor aliada. El cabo Noval presta sus servicios en una de las posiciones africanas y era muy querido por

sus jefes y por sus compañeros.

Una noche salió a montar el servicio de avanzadilla acompañado de dos soldados. Los moros acechaban. En una barrancada se habían concentrado, amparados en las tinieblas, varios miles de ellos dispuestos a apoderarse, por medio de un golpe de mano de la posición.

Para ello prepararon una emboscada, y cayeron sobre fieras sobre Noval y los soldados, a los que mataron instantaneamente. dejando vivo al cabo.

—Si vienes con nosotros— le dijo uno de los moros, a la posición y cuando te den el alto contestas con el santo y seña para que podamos entrar contigo, conservarás la vida y la libertad. Si no, te mataremos.

Noval, después de pensar un momento, aceptó, al parecer la deshonrosa proposición. Vigilado por los fieros mahometanos echó a andar. Un jalto, quien vive! sonó en la noche, y entonces, el bravo, el heroico cabo gritó: «¡Soy Noval! ¡Disparad sobre mí, que estoy rodeado de moros!». Y cayó entre sus enemigos muerto por las balas de sus compañeros y por las cuchilladas de los moros varios de los cuales murieron a su alrededor.

Salvó el honor de España. Salvó a sus camaradas y no le importó para ello sacrificar su vida. La Patria reconoció lo heroico de su comportamiento, lo honró con la LAUREADA DE SAN FERNANDO y, además, puso aquí, frente al Palacio Real, junto a las estatuas de muchos reyes, este monumento. ¿Ves como puedes aspirar a tener algún día una estatua en Madrid?. Yo sé que si España te lo pidiera, tú serías tan valiente, tan abnegado como Noval. ¿Verdad Maximinio?

Y aquella noche cuando alguno le recordaba la broma de la estatua, Maximinio sonreía.



Acelere el Corazón Deífico la hora de poder rendirle el Homenaje Nacional merecido, para que, después del "Te Deum" de acción de gracias al Todopoderoso, se confundan nuestros vítores y aplausos en honor de las tropas curtidas en cien y cien combates.

General Solchaga